

©Beatriz Jiménez Villanueva, 2024

©Editorial de la Universidad de Alcalá, 2024

Plaza de San Diego, s/n  
28801 Alcalá de Henares (Madrid)

©Instituto Universitario de Investigación en Estudios  
Norteamericanos "Benjamin Franklin" de la Universidad de Alcalá  
Calle de la Trinidad, 1  
28801 Alcalá de Henares (Madrid)  
Tel. 91 885 52 52  
[www.institutofranklin.net](http://www.institutofranklin.net)

PORTADA: Ángela Vérez Estenson

LA DESCOLONIZACIÓN DE LA SEXUALIDAD EN TRES AUTORES CHICANOS

ISBN: 978-84-19745-90-3

Coordinadora editorial: Ángela Suárez Sedano

Impreso en España

Impresión: Tórculo

Maquetación: <https://maquetadordelibros.es>



**LA DESCOLONIZACIÓN  
DE LA SEXUALIDAD  
EN TRES AUTORES CHICANOS**

BEATRIZ JIMÉNEZ VILLANUEVA



— BIBLIOTECA BENJAMIN FRANKLIN —

## DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Francisco Sáez de Adana Instituto Franklin-UAH

## COMITÉ ASESOR

Carmen Flys UAH  
Fernando Galván UAH  
José Antonio Gurpegui Instituto Franklin-UAH  
Sylvia Hilton UCM  
Francisco Moreno Instituto Franklin-UAH

## COMITÉ DE REDACCIÓN

Silvia Betti Università di Bologna  
Francisco Castilla UAH  
Thomas Chávez University of New Mexico  
Cristina Crespo Instituto Franklin-UAH  
Carmen de la Guardia UAM  
Miguel Ángel de Zavala Instituto Franklin-UAH  
Lorenzo Delgado CSIC  
David Fernández Vítors UAH  
David García Cantalapiedra UCM  
Maya García Vinuesa UAH  
Jesús García Laborda Instituto Franklin-UAH  
Silvia Gumiel UAH  
Luisa Juárez Instituto Franklin-UAH  
Montserrat López Mújica UAH  
José Javier Martínez Herráiz UAH  
Carmen Méndez UCM

## COMITÉ EDITORIAL

Ana Lariño Instituto Franklin-UAH  
Ángela Suárez Instituto Franklin-UAH



# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
<b>CAPÍTULO I</b>	
<b>La descolonización de la sexualidad en la literatura chicana .....</b>	<b>17</b>
1.1. La sexualidad como construcción social.....	19
1.2. La sexualidad en los espacios público y privado .....	26
1.3. La construcción del concepto de sexualidad en otras culturas..	30
1.4. La colonización de la sexualidad americana .....	36
1.5. Heteronormatividad y sexualidad en la literatura chicana.....	42
1.6. Descolonizando la sexualidad en la literatura chicana.....	43
<b>CAPÍTULO II</b>	
<b>El indigenismo como herramienta descolonizadora en la obra de Gloria E. Anzaldúa .....</b>	<b>47</b>
2.1. La espiritualidad en la obra de Gloria E. Anzaldúa .....	53
2.2. La reinterpretación de las deidades aztecas .....	56
2.3. La descolonización de la sexualidad.....	59
<b>CAPÍTULO III</b>	
<b>La descolonización de la sexualidad en la obra de Cherríe Moraga ..</b>	<b>63</b>
3.1. Descolonización del patriarcado chicano .....	66
3.2. El concepto de familia .....	68
3.3. Tlaminime .....	70
3.4. La fuerza femenina .....	72

## **CAPÍTULO IV**

<b>La descolonización de la sexualidad en la obra de John Rechy .....</b>	<b>79</b>
4.1. La incapacidad de auto-identificación en el espacio privado.....	86
4.2. La negociación de la identidad homosexual en el espacio público .....	89
4.3. La importancia de la visibilidad en el espacio público.....	94
4.4. El binarismo maniqueo entre lo masculino y lo femenino .....	98

## **CAPÍTULO V**

<b>Conclusiones .....</b>	<b>103</b>
<b>REFERENCIAS .....</b>	<b>109</b>
<b>NOTAS .....</b>	<b>115</b>

# Introducción



## INTRODUCCIÓN

Este proyecto pone en conversación diferentes corrientes teóricas con la literatura chicana para desarticular algunos patrones sociales que contribuyen a la jerarquización de los sujetos según su orientación sexual. A partir de la corriente posestructuralista podemos entender la composición y jerarquía social que se ha establecido dentro de las sociedades eurocentristas en torno al concepto de homosexualidad. A través del análisis de su implantación en el continente americano, podemos incorporar el discurso descolonizador para negociar dichas estructuras y contribuir así a la teoría postcolonial. Parte de este discurso lo podemos encontrar en las obras de autores chicanos. Nuestro análisis aquí parte de una doble técnica de descolonización. La primera técnica de descolonización se basa en la recuperación de tradiciones indígenas y conceptos de homosexualidad previos al hecho histórico de la Conquista que se mantienen hoy en día en varias sociedades nativo-americanas y que se reflejan en varias obras literarias chicanas. Esta recuperación no es un intento de regresar al pasado, sino que ofrece más bien una reflexión de cómo una organización social más inclusiva es posible, para así negociar la organización establecida. La segunda técnica descolonizadora se fundamenta en la renegociación de cómo se organiza el espacio según la sexualidad de los individuos que lo ocupan. A través de estas dos técnicas de descolonización de la sexualidad tenemos dos claros ejemplos de cómo se cuestiona la jerarquía social en torno a la sexualidad en la literatura chicana para convenir la inclusión de identidades sexuales tradicionalmente marginadas. De esta manera, las obras aquí analizadas son ejemplos del concepto denominado *desidentificación* (Muñoz), donde las identidades marginales negocian su identidad dentro de una sociedad homofóbica heredera del proceso colonial. Al igual que estas dos técnicas, hay otros factores que afectan a la identidad homosexual que pueden y deben de ser analizados con una perspectiva descolonizadora en el futuro.

En cuanto a las obras literarias que aquí nos ocupan, la academia ha dedicado gran parte de su atención a las producciones de Gloria Anzaldúa y Cherríe Moraga. En el caso de John Rechy, el temprano autor chicano fue durante años ignorado por los críticos de esta literatura, pero un incipiente interés por su obra nos lleva a incluirlo en el actual corpus de literatura chicana. La mayoría de las obras de análisis en torno

a estos autores se enfocan en la intersección que surge entre género, raza y sexualidad al construir la identidad del sujeto. Desde la misma obra crítica de Anzaldúa y Moraga, pasando por los análisis de Ana Louise Keating y Gloria González-López, Yvonne Yarbro-Bejarano, David William Foster, José Esteban Muñoz, así como las autoras relacionadas con el movimiento feminista del “tercer mundo”, el análisis principal de estas obras chicanas se ha encaminado a estudiar dicho eje identitario. Es importante aclarar que, en este estudio, a pesar de que tanto el género como la raza son elementos constituyentes de la identidad que exploran estos autores, no son el objeto de nuestro análisis. Este proyecto pretende enfocarse únicamente en el concepto de homosexualidad y en la descolonización del mismo.

Con esta nueva lectura, este libro pretende aportar un mayor entendimiento de los manuscritos de Anzaldúa, Moraga y Rechy, analizando la forma en la que explotan su homosexualidad para descolonizar la heteronormatividad de la sociedad contemporánea. Adoptar un acercamiento descolonizador y deconstructivista nos permite desafiar los patrones de pensamiento que han dominado la organización social de los últimos años, y junto con otras producciones culturales, cambiar la connotación negativa de la homosexualidad que ha perdurado hasta la sociedad actual.

De acuerdo con varios teóricos (Aldama y Quiñónez; E. Pérez, etc.) la descolonización es una herramienta que nos permite desarticular los sistemas de pensamiento establecidos en América durante la época colonial. Estos sistemas de pensamiento se caracterizan por la represión y la jerarquización de los sujetos, creando identidades marginales que deben renegociar su espacio en la sociedad actual. Este concepto surge dentro de la corriente postcolonial para referirse a una postura y una operación cultural destinada a revelar y reorganizar situaciones institucionales y culturales afectadas por el eurocentrismo y sus mecanismos de subordinación y poder. La organización y establecimiento de estos mecanismos es analizado a partir del estructuralismo (Foucault; Butler). De esta manera se ha desarrollado un marco teórico que explica el proceso de creación de dichos sistemas opresivos, así como la existencia de varias alternativas más inclusivas.

En la introducción de su libro *Decolonial Imaginary: Writing Chicanas into history* (1999) Emma Pérez define el proyecto de su trabajo como un intento de deconstruir el imaginario creado en torno a la mujer chicana (Pérez XV). Con este propósito, y utilizando como base el concepto de arqueología del conocimiento de Michel Foucault, analiza el proceso que ha dado forma a la historiografía de la mujer chicana. Ambos teóricos concuerdan en que el discurso dominante en la materia de historia está inscrito en una jerarquía de poder en la que el hombre blanco es el que determina de quién es la historia que se escribe y cómo ha de hacerse. Es así como la historia de la colonización ha venido determinada por la construcción literaria europea,

que a su vez ha sido determinante a la hora de diseñar el concepto de homosexualidad latente en ambos continentes.

La labor de evangelización llevada a cabo durante la invasión colonial supuso en ciertas culturas nativo-americanas, la imposición de la vergüenza hacia la sexualidad humana y el castigo para las conductas no heterosexuales. Varios estudios antropológicos han demostrado que la diversidad en las prácticas sexuales no es un fenómeno moderno, sino que ha estado presente a lo largo de toda la historia en diferentes lugares y épocas (Schmidt y Voss; Foucault). De la misma manera se han rastreado conductas no heterosexuales en el continente americano antes de la llegada de los colonizadores europeos y de su proyecto cristiano (Lang, Various kind). Dicho proceso de evangelización del continente americano da comienzo a la implantación de un concepto de sexualidad que se mantiene hasta hoy en día. Este concepto se basa en la diferenciación de cuerpos masculinos y femeninos y la naturalización de la relación entre: cuerpo, género específico (hombre, mujer), deseo y prácticas sexuales (Butler). Todo esto se traduce con el tiempo en la naturalización de la sexualidad hetero, o como define Michael Warner, en una heteronormatividad que excluye del imaginario social las prácticas homosexuales. Partiendo de esta base, este proyecto es un esfuerzo consciente de remodelar y renegociar el eurocentrismo, incluyendo las experiencias no solamente homosexuales, sino también *queer*, que han quedado fuera del discurso oficial. Con este análisis quedará en evidencia que el concepto de sexualidad está fuertemente influenciado por la herencia de un imaginario colonial, que se reproduce constantemente en nuestra sociedad y, más en concreto, dentro de la cultura chicana.

Por último, nos queda mencionar que pese a que la identidad homosexualidad en la literatura chicana ha sido explorada desde diferentes perspectivas y teorías (Sandy Soto, José E. Muñoz, Richard Rodríguez, Gloria Anzaldúa, entre otros) este es un tema que no se ha tratado desde un acercamiento descolonial. Por este motivo pretendemos analizar a través de este enfoque las obras de una serie de autores chicanos que tratan “sexualidades marginales” (Muñoz) de diferentes maneras, pero que no han sido examinadas desde esta perspectiva hasta el momento. Para ello estudiaremos la descolonización de la sexualidad en las obras de Gloria Anzaldúa “... now let us shift...the path of conocimiento...inner work, public acts” (*This Bridge We Call Home*, 2002), “El paisano is a bird of good omen” (*The Gloria Anzaldúa Reader*, 2009) y *Borderlands/La Frontera* (1987). A continuación, pasaremos a explorar el trabajo de Cherrie Moraga desde este enfoque en sus publicaciones “Queer Aztlán”, “En busca de la fuerza femenina” (1993) y *Waiting in the Wings* (1997). Finalmente analizaremos la repercusión de las prácticas heteronormativas en el espacio y su desarticulación en la novela de John Rechy *City of Night* (1963).

El primer capítulo de este libro hace las funciones de marco teórico, ya que explica cómo el concepto de sexualidad creado en las sociedades eurocentristas margina los sujetos homosexuales a varios niveles. En primer lugar, siguiendo el trabajo de Foucault, se presenta la creación del concepto de sexualidad a través del discurso, y cómo este es mediatizado y controlado por las instituciones. Butler continúa elaborando este concepto y estipula la naturalización de un imaginario que enlaza el sexo biológico del sujeto, con su género y su sexualidad. A través de esta naturalización los sujetos que no siguen este patrón de deseo son socialmente marginados, cultural, legal y espacialmente. Esto lleva a una hegemonía heterosexual, o como Michael Warner define, una heteronormatividad, que se refleja en el desarrollo de normas sociales, políticas, culturales, que privilegian este tipo de sexualidad en detrimento de otras. Esta heteronormatividad se refleja en diferentes aspectos culturales, entre los que señalaremos la forma de diseñar y ocupar el espacio, tanto público como privado.

La colonización supuso la implantación de esta heteronormatividad en el continente americano. La carrera por la conquista del recién descubierto territorio y la implementación de la religión católica fueron el motor de la colonización americana. En el desarrollo de este proyecto se infravaloraron tanto a los individuos como a las culturas existentes en dicho territorio con el fin de conquistarlos. El discurso existente referente a las sexualidades marginales, así como el énfasis en ganar nuevos terrenos hicieron de las conductas sexuales de algunos nativos una excusa para el desarrollo de la ocupación. El control de la población y la imposición del catolicismo se desarrollaron en parte a través de la reorganización del espacio, de forma que el diseño de las aldeas y habitáculos siguieran los patrones heteronormativos europeos. De esta manera se desbancan otras acepciones de sexualidad latentes en las sociedades nativo-americanas, y que ofrecen una visión más receptiva a la homosexualidad de los sujetos. Citando a Andrea Smith, la importancia de conocer estas acepciones nativo-americanas radica en saber que otra forma de entender la homosexualidad es posible.

Ante este panorama discriminatorio, artistas y escritores utilizan su trabajo para negociar su identidad dentro de una sociedad heteronormativa, racista y homofóbica. De esta observación nace el concepto *desidentificación* del teórico José E. Muñoz, con el cual podemos identificar las obras de los autores aquí analizados: Gloria Anzaldúa, Cherríe Moraga y John Rechy. Las obras de estos autores se caracterizan por ser principalmente autobiográficas. Cada uno de ellos impregna su literatura con experiencias vitales que han contribuido de una forma u otra a su identidad. Al ser homosexuales, los tres autores han vivido experiencias positivas y negativas con respecto a su identidad sexual, que han contribuido a la creación de su identidad. Sus obras reflejan este aspecto de sus vidas, y cómo han tenido que negociar su homosexualidad dentro de una sociedad

heteronormativa. De diferentes maneras, las obras de estos autores representan el proceso de desidentificación que Muñoz desarrolla.

Estas obras literarias pueden analizarse desde una perspectiva descolonizadora ya que pretenden desarticular esta construcción eurocentrista y heteronormativa del discurso y del espacio. De esta forma, el segundo capítulo está destinado a analizar varias composiciones de Gloria Anzaldúa desde el prisma descolonizador. Gloria E. Anzaldúa (1942-2004) fue una mujer que se identificaba como feminista, lesbiana, chicana, escritora, profesora, teórica *queer* y activista política. Originaria de El Valle, (Rio Grande Valley, Texas), y proveniente de una familia de obreros migrantes mexicanoamericanos, desde niña comenzó a trabajar en el campo, experiencia que motivó y formó gran parte de su activismo. Colaboró y editó, entre otros, *Making Face, Making Soul/Haciendo Caras: Creative and Critical Perspectives by Women of Color* (1990) y *This Bridge We Call Home: Radical Visions for Transformation* (2002). Fue además autora de libros infantiles bilingües. El proyecto descolonizador de Anzaldúa se funda principalmente en su discurso indigenista. Anzaldúa va a recuperar ciertos conceptos nativo-americanos y a reformularlos de manera que le permita desarticular la heterosexualidad que le rodea. Entre estos conceptos nativo-americanos que retoma se encuentran la espiritualidad, la recuperación de deidades femeninas y el concepto de sexualidad indígenas.

El tercer capítulo de este libro está destinado a analizar el trabajo de Cherríe L. Moraga. Esta autora nació en Whittier, California en 1952. Es una poeta, ensayista y dramaturga chicana. En 1974 se licenció en Filología Inglesa, y en 1981 realizó un máster en escritos feministas en la universidad estatal de San Francisco. Trabajó como profesora en Los Ángeles durante varios años. Moraga, aunque se especializa en obras de teatro, destaca también por sus ensayos y su narrativa personal. En estos escritos, la experiencia vital de la autora, así como la opresión vivida como mujer, chicana y lesbiana, se mezcla con la reclamación de un mejor estado social y cultural para las minorías con las que ella se identifica. En 1979 junto a Gloria Anzaldúa, enviaron una carta, solicitando escritos a mujeres feministas que contasen experiencias que pusiesen de manifiesto las causas que producían divisiones dentro del movimiento feminista, como la intolerancia, el prejuicio o la negación de las diferencias. En 1981 colaboró en la edición de la antología *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*. La antología reunía obras de Moraga, Barbara Smith, Gloria Anzaldúa, Audre Lorde, Pat Parker, Cheryl Clarke, Merle Woo y la nativa americana de la nación Lakota, Barbara Cameron. Moraga sigue muy de cerca el legado de Anzaldúa. El proyecto descolonizador de esta autora también se basa en el indigenismo principalmente, pero añade al trabajo de Anzaldúa una serie de conceptos con los que desarticular la heteronormatividad. Moraga continúa la recuperación de las deidades femeninas aztecas, pero su indigenismo

indaga en temas como el papel de la mujer en las culturas nativo-americanas en oposición al patriarcado, reformula el concepto de familia para incluir las sexualidades marginales, y evoca el poder curativo de la escritura a través de su autoidentificación como *tlamantine*. Es por esto que la mayoría de los escritos de Moraga reflejan experiencias personales que, al ponerlas por escrito, alivian el sufrimiento provocado por una sociedad opresora. En la actualidad Moraga es profesora en el departamento de inglés de la Universidad de California en Santa Bárbara.

El cuarto capítulo de este manuscrito está destinado a la obra de John Rechy *City of Night*. Rechy nació en El Paso, Texas, en 1934, en el seno de una familia mexicana acomodada. Sus padres tuvieron que mudarse a El Paso por la opresión sufrida durante el régimen de Porfirio Díaz. En aquel momento John Rechy (padre) sufre un cambio en su personalidad al no poder realizarse como músico en el nuevo emplazamiento. Su fuerte carácter impregna y se hace visible en las páginas que escribe Rechy, y la mala relación con su padre es uno de los factores que más influye en su literatura. Sus novelas reflejan sus vivencias como gay y prostituto por las calles de diferentes ciudades de Estados Unidos. Rechy irrumpió en la escena literaria en 1963 con esta misma obra, *City of Night*, que de inmediato se convirtió en número uno de ventas. Posteriormente publicó *Numbers* (1967) donde continuó representándose como un prófugo sexual. Al trabajo como escritor se suma su labor como profesor de literatura en la Universidad del Sur de California. Por su labor en favor de la causa gay, recibió dos premios a su carrera: el PEN-USA-West (1997) y el William Whitehead Award de la editorial Triangle (1999). Al igual que Moraga y Anzaldúa, los trabajos de Rechy están plagados de vivencias personales. *City of Night* es una novela autobiográfica que trata principalmente sobre el espacio urbano, y a través de su análisis vemos cómo la descolonización de la sexualidad chicana pasa necesariamente por la descolonización del espacio heteronormativo. Mientras las obras de Anzaldúa y Moraga miran hacia otras culturas para ofrecer alternativas a la construcción del concepto de sexualidad, Rechy se enfoca en el desarrollo de las identidades homosexuales en el corazón de la ciudad, mostrando su supervivencia en un entorno hostil.

El último capítulo está destinado a las conclusiones y prospectiva de este trabajo. A partir de los análisis realizados se pretende comprobar que la sexualidad es una construcción social, y que como tal depende del contexto cultural en el que se desarrolle y puede ser discutido. Así a través de este estudio se pretende aportar un mayor entendimiento de las obras de Anzaldúa, Moraga y Rechy, analizando la forma en la que estas presentan su homosexualidad para descolonizar la heteronormatividad de la sociedad contemporánea. Por último, se deja la puerta abierta a futuras investigaciones que analicen otras obras literarias chicanas a partir de una perspectiva descolonizadora.

**CAPÍTULO I**  
**La descolonización**  
**de la sexualidad en la**  
**literatura chicana**



# CAPÍTULO I LA DESCOLONIZACIÓN DE LA SEXUALIDAD EN LA LITERATURA CHICANA

## 1.1. La sexualidad como construcción social

La sexualidad es entendida por el ser humano según su contexto social, histórico y cultural en el que viva. Es por esto por lo que para entender cómo la homosexualidad ha sido percibida en el siglo XX debemos entender primero cómo este concepto se ha construido a lo largo de la historia. De acuerdo con Judith Butler el cuerpo es un medio pasivo en el que se inscriben diferentes significados culturales (9-10). La identidad sexual, por tanto, se inscribe en cuerpos sexuados, y se aprende y se repite a través de su continua representación (*performance*) social e individual dentro de una sociedad determinada. Butler establece la diferencia entre sexo y género. El sexo es biológico y está genéticamente dividido en dos: macho y hembra. El género se construye culturalmente y no necesariamente se limita a dos opciones (hombre/mujer). Según Butler, el género se puede entender como un significado añadido, atribuido a un cuerpo sexuado en relación a un opuesto, no como un atributo individual (13). De la misma manera que el género, el concepto de sexualidad es también una construcción social. Butler estipula que la coherencia y continuidad entre el cuerpo y la identidad de la persona no son aspectos lógicos y analíticos del ser humano, sino más bien normas de comprensión socialmente instituidas y mantenidas. Este hecho permite crear “cuerpos legibles”, los cuales siguen una continuidad “lógica” entre sexo, género, prácticas sexuales y deseo sexual siguiendo el patrón socialmente establecido (11). De esta forma sexo y género se convierten en aspectos controlables de la población, pueden regularse y por lo tanto someterse a unas normas socialmente establecidas, impuestas a beneficio de los diferentes Estados.

El concepto de sexualidad y todas sus vertientes, tal y como lo percibimos en la actualidad dentro de las sociedades occidentales, es consecuencia de una evolución social determinada, dentro de un contexto cultural específico. De acuerdo con Michel Foucault, la percepción moderna de la sexualidad puede rastrear sus orígenes hasta el ascetismo medieval europeo del siglo XIV. En la obra *Historia de la sexualidad* (1984) Foucault desarrolla un preciso análisis de la evolución del concepto de sexualidad en

las sociedades europeas. Según este estudio, la represión de la sexualidad surge a partir de la sociedad burguesa victoriana del siglo XVII como parte de un proyecto capitalista, en el que la garantía de la reproducción, y por ende de las relaciones heterosexuales, sustenta la mano de obra que mantiene este sistema. Para llegar a este punto Foucault revisa el discurso sobre la sexualidad en diferentes épocas y ámbitos: protestantismo, contrarreforma, la pedagogía del siglo XVIII y la medicina del XIX. Según su estudio hay dos discursos esenciales en la construcción del concepto de sexualidad: el discurso eclesiástico y el discurso científico. El discurso eclesiástico puede rastrearse hasta los principios ascéticos del siglo XIV, que buscaban la purificación del espíritu a través de la privación de los placeres materiales. Estos principios facilitaron un cambio de lo que hasta el momento era el concepto de la carne (el cuerpo) para el cristiano. La Reforma católica y el catolicismo en sí dirigieron dicho cambio en el valor del cuerpo humano hasta formar procedimientos de análisis y de formación discursiva en torno a las relaciones sexuales (131). Estos procedimientos se fijaron en el discurso y en la sociedad a finales del siglo XVIII, cuando junto con la nueva clase social burguesa nace una nueva “tecnología del sexo”. Foucault utiliza estos términos para referirse a una serie de técnicas diseñadas por la burguesía para asegurarse su supervivencia como clase y el mantenimiento de su hegemonía. Estas técnicas despliegan su discurso en torno a tres pilares: la sexualización del cuerpo femenino, el control de la procreación y la psiquiatrización del comportamiento sexual anómalo como perversión. Es en este tercer pilar donde interviene el discurso científico, que aparece ya en el siglo XIX, cuando la medicina, la pedagogía y la psicología se utilizan como herramientas para convertir el sexo en un asunto de Estado. Se diagnostican tres dominios a tener en cuenta sobre la nueva tecnología del sexo: el pecado de juventud, del que se ocupa principalmente la pedagogía y se centra en el estudio sistemático de la sexualidad infantil; las enfermedades de los nervios, tratada por la medicina y que se enfoca en la mujer; y los fraudes de la procreación, que afecta principalmente a la demografía y que estudia “al adulto desviado” (142). Es en este momento donde el conocido como pecado de sodomía, castigado por la Iglesia desde el período medieval, comienza a ser concebido en la cultura occidental como una enfermedad, un trastorno que debe de ser estudiado y tratado médicamente. Por este motivo, a lo largo del siglo XIX se desarrolla una serie de estudios científicos y se abren nuevos campos dedicados a la homosexualidad. Destaca, entre otros, el dominio médico psicológico de las perversiones, que releva a las categorías morales anteriores del libertinaje y del exceso. Es en este ámbito donde surge la teoría de la degeneración: una herencia cargada de enfermedades, orgánicas, funcionales o psíquicas, produce un perverso sexual (144). Según este desarrollo de ideas se fija en el discurso dos estereotipos relacionados con la homosexualidad: por un lado, la homosexualidad como desvío moral del ser humano,

y por otro lado la homosexualidad como degeneración biológica. Mientras que el primer concepto está fuertemente influenciado por el discurso eclesiástico, profundamente ligado a los valores religiosos de la época; el segundo es consecuencia del discurso científico desarrollado a lo largo del siglo XIX. Ambos contribuyen al concepto de homosexualidad todavía latente a lo largo del siglo XX en las sociedades eurocentristas.

Para Foucault, la sexualidad es manipulada y controlada a través de estos discursos y la represión sexual comienza en este nivel, el nivel del discurso (20). Todo lo referente al sexo se vuelve tabú, y esto provoca que los discursos con relación al sexo se multipliquen: las confesiones en la iglesia, el estudio del cuerpo y la mente en psicología, el lenguaje vulgar y los albueros. La confesión, según Foucault, se convierte a partir de la Edad Media en el medio por el que se ha transmitido el conocimiento sobre el sexo en las culturas occidentales. La confesión es también, como veremos más adelante, una herramienta imprescindible para conocer y controlar a la población nativa y su sexualidad durante la colonización española de América. Mientras otras civilizaciones desarrollan la sexualidad y el sexo como materia de estudio, la europea ha utilizado el secreto para desarrollar este conocimiento. Por lo tanto “la confesión fue y sigue siendo hoy la matriz general que rige la producción del discurso verídico sobre el sexo” (79). Este hecho, sumado al desarrollo científico del siglo XIX, provoca que “la sexualidad se defina en una intersección de una técnica de confesión y una discursividad científica” (86). Se crea así un ambiente de secretismo en torno al sexo que es controlado principalmente por dos instituciones: Iglesia y Ciencia.

Estos discursos sobre el sexo se transfieren a los diferentes ámbitos culturales, incluyendo la literatura. El sociólogo Gayle Rubin, explica cómo el sexo se ha eludido tradicionalmente del discurso académico europeísta por varios motivos. En primer lugar, por el esencialismo sexual: la idea de que el sexo es una fuerza natural que existe antes de la vida social y que va dando forma a las instituciones (Schmidt y Voss 3). Este esencialismo sexual se enmarca en el pensamiento de las sociedades europeas que estipulan que el sexo es eternamente incambiable, asocial y transhistórico (Schmidt y Voss 3). Esta forma de pensar responde a un entendimiento prescriptivo de la sexualidad, y fija unos comportamientos sexuales determinados según nuestra condición biológica, excluyendo socialmente cualquier otro tipo de comportamiento y obviando la posibilidad de variación alguna en torno a su conceptualización. En segundo lugar, la negatividad del sexo. El sexo es percibido como algo malo, prohibido, que debe ser controlado. Este concepto del sexo es herencia del discurso medieval. Por ello el sexo ha sido regulado legalmente a través de prohibiciones, censuras, y otras medidas represoras. Esta regulación favorece la creación de jerarquías sexuales: una escala de valores que difunde el tratamiento de la sexualidad dentro de las sociedades europeístas. El acto sexual se enmarca en un sistema jerárquico en el que el sexo

marital, monógamo, con un propósito reproductor, tiene el valor más alto, y todas las demás manifestaciones sexuales son inferiores. Todo esto ha llevado a evitar hablar de sexo y sexualidad en los ámbitos culturales y académicos durante muchos años.

Podemos observar entonces cómo los diferentes discursos existentes han definido el concepto de sexualidad latente en el siglo XX y cómo se ha reproducido en la cultura dominante eurocentrista. Según Foucault, el Estado interactúa con la sexualidad a través de las instituciones, reduciendo el concepto de sexualidad a su mera definición reproductiva: “El dispositivo familiar sirvió de soporte a las maniobras para el control de la natalidad, las incitaciones poblacionistas, la medicalización del sexo y la psiquiatrización de sus formas no genitales” (122). A partir del siglo XVIII la sexualidad se convierte en aliada de la clase burguesa, quien junto con el capitalismo promueve una sexualidad controlada y limitada a la reproducción, marginando y condenando otros tipos de sexualidad que no sigan este fin. De esta forma surge la jerarquía sexual mencionada, donde priman las relaciones heterosexuales. Es por esto por lo que varios teóricos (Butler; Schmidt y Voss; Rubin) definen a estas otras sexualidades “sexualidades marginales” o “sexualidades periféricas”: todas aquellas que se alejan de un patrón sexual reproductivo. Estas sexualidades han existido históricamente y no han estado completamente sometidas a las relaciones de poder. El pecado de sodomía, por ejemplo, en el contexto católico durante la colonización, se ocultaba o se evitaba, permitiendo un doble funcionamiento: extrema severidad en su condena o tolerancia máxima. Es decir, al ser expuesto, se condenaba con las máximas penas, mientras que al ser evitado u oculto, se reproducía paralelamente a los mecanismos de poder. Sin embargo, las formas de sexualidad divergentes han continuado reproduciéndose a lo largo de la historia. Foucault menciona en su trabajo ciertas sociedades masculinas que podían existir tanto en las cortes de la época medieval como en el ejército, y que eran obviadas por las instituciones de la época. Este hecho permitió que otras prácticas sexuales no hetero continuasen, hasta ser objeto de interés en los estudios científicos del siglo XIX. En este momento, la multiplicidad de discursos sobre homosexualidad (perversidad y rechazo principalmente) dio pie a una paralela reivindicación homosexual de su naturalidad y legitimidad (124), que evolucionará hasta los movimientos reivindicativos de los derechos homosexuales de los años sesenta y setenta.

Es en el siglo XX, a partir de la naturalización de la función del género y del sexo humano a través de los diferentes discursos, cuando se plantea una resistencia de las sexualidades marginales. A pesar de que el género y la sexualidad pueden ser performativos, al imitar patrones establecidos por sociedades determinadas, los discursos paralelos desarrollan alternativas a estas concepciones de género y sexualidad. Esta confrontación entre discursos oficiales y no oficiales respecto al género y la

sexualidad del individuo dejan expuestas las relaciones de poder en las que se enmarca la sexualidad del siglo XX, donde la cultura está dominada por el discurso de los valores familiares enraizada en la época victoriana. Este hecho provoca una gran opresión hacia los individuos que no se identifican con esos patrones heterosexuales (Warner XVI). Esta primacía de los valores familiares hace que las sociedades eurocentristas se caractericen en términos de sexualidad, por un patrón heteronormativo. Michael Warner define la heteronormatividad como la interpretación de la sexualidad hetero como algo fundamental y natural dentro de la sociedad. Esta característica social colabora en la creación de sexualidades marginales, ya que la mayoría de las teorías sociales y políticas tradicionales dejan de lado la cuestión *queer* y naturalizan una sociedad heterosexual (VII). Como consecuencia de una sociedad heteronormativa, el estigma de una persona *queer* se refleja en diferentes aspectos:

Every person who comes to a queer self-understanding knows in one way or another that her stigmatization is connected with gender, the family, notions of individual freedom, the state, public speech, consumption and desire, nature and culture, maturation, reproductive politics, racial and national fantasy, class identity, truth ad trust, censorship, intimate life and social display, terror and violence, health care, and deep cultural norms about the bearing of the body. Being queer means fighting about these issues all the time (Warner XVIII).

Por lo tanto, el resultado de una sociedad heteronormativa afecta no solamente en las relaciones personales del individuo *queer*, sino también en aspectos variados que van desde un entorno más cercano como el género, la familia, la libertad individual, hasta uno más amplio y público como la asistencia médica, la censura, la representación social, etc. A pesar de centrarnos en el estudio de la sexualidad como punto de partida de este análisis, es necesario tener en cuenta su repercusión en todos estos ámbitos diferentes. Esta repercusión es consecuencia de las relaciones de poder que se establecen a partir de la sexualidad. En ellas la cultura hetero se ve a sí misma como la forma elemental de asociación humana, como el verdadero y único modelo de las relaciones entre géneros, como la base indivisible de toda comunidad, y como el medio de reproducción sin el que la sociedad no podría existir (XXI). Y este pensamiento es el que prima y se reproduce a través de la cultura (cine, televisión, literatura, etc.) en la sociedad. La cultura, además de reflejar su predilección por los patrones heterosexuales, manipula a los individuos que forman parte de ella y el espacio que ocupan (Mitchell 99). La heteronormatividad se refleja en el espacio a través de su organización y el desarrollo de las relaciones sociales en este. Pese a que la negociación del espacio entre sexualidades hetero y homo es constante, hoy en día muchos de los espacios de la

cultura eurocentrista son entendidos hegemónicamente como heterosexuales. Sin embargo, los actos “transgresores” por sexualidades marginales en los espacios heteronormativos son constantes. Estos actos homosexualizan un espacio socialmente entendido como heterosexual, perturbando las nociones de cómo la sexualidad y el espacio se entremezclan. Desde un simple beso en público entre una pareja gay hasta las manifestaciones organizadas en favor del matrimonio gay, todos estos actos contribuyen a la transformación del espacio de cada día, lo que revela la naturaleza socialmente construida de la identidad sexual y de los espacios sexualmente identificados (Mitchell 180). La negociación de identidades se produce por lo tanto en el espacio, a la vez que producen espacio.

Como ya hemos explicado, la construcción social del género y la sexualidad depende de la sociedad y la cultura en la que se produzca. La ideología con respecto a la sexualidad se plasma en el espacio a través de su organización y de la creación de paisajes que delimitan las posibilidades de identidad sexual de los sujetos. En América, a partir de la colonización, se produce un cambio de organización en el espacio que afecta a la estructuración social de la población. Este cambio se dirige hacia la creación de una sociedad regida por la monogamia y la reproducción, desencadenando en la sociedad heteronormativa que llega hasta nuestros días. Al considerar la organización y distribución espacial actual herencia de la cultura colonial española e inglesa, podemos identificar la negociación de la sexualidad en el espacio como una técnica descolonizadora. De acuerdo con la geografía cultural, el espacio es distribuido y organizado a partir de ciertos valores culturales. Como hemos mencionado, el geógrafo Don Mitchell estipula que el espacio es mediatizado por la cultura (99). A partir de este supuesto, podemos entender los paisajes producidos en estos espacios de dos formas. Por un lado, los paisajes producidos en diferentes espacios son textos, partes de los sistemas significantes de una cultura a través de los cuales podemos entender el funcionamiento de esta. Por otro lado, los paisajes son espacios producidos, una porción de la tierra socialmente transformada (Mitchell 99). De esta forma, al ser los paisajes producidos socialmente, las relaciones sociales específicas que en ellos se desarrollan son parte del proceso de transformación o asentamiento de la configuración de un espacio. Así, nuestro comportamiento social va a estar determinado hasta cierto punto por el espacio en el que se desarrolla, a la vez que el mismo comportamiento puede afectar a la forma en que dicho espacio es entendido.

Por otro lado, al convertirse en el hábitat de personas, estos espacios están destinados a formar un imaginario social. Al crear paisajes los humanos los llenamos de señales cargadas de mensajes ideológicos que terminan ejerciendo un control sobre el comportamiento diario de la gente. Esta dinámica ejercida a lo largo del tiempo forma un imaginario social sobre ese lugar que determina cómo las personas piensan

acerca de ese lugar, cómo se comportan en él, y cómo esperan que otras personas se comporten (120). Es decir, las personas no vamos a tener el mismo comportamiento en un espacio determinado que en otro, y estos comportamientos van a depender en gran medida del espacio en el que se desarrollen y de los sujetos que nos rodean. Por ejemplo, al entrar en una Iglesia, los diferentes elementos que componen el paisaje están diseñados para transmitir un sentido de recogimiento y meditación. Así, el silencio y un comportamiento sosegado serán la reacción más común en las personas. De igual manera, si cualquier otro tipo de comportamiento se sucede dentro del templo, rápidamente será reprimido por las otras personas que comparten este espacio y que contribuyen al entendimiento y manutención de cómo debe ser ese espacio.

Otro factor para tener en cuenta es que, al ser los paisajes un producto cultural, las diferentes ideologías de una cultura van a estar impregnadas en la forma en la que estos se han distribuido y organizado. Es decir, al producirse los paisajes se desarrolla un proceso de selección de elementos para representar cuidadosamente el mundo y darle un significado particular. Es por esto por lo que el diseño y construcción del espacio va a estar determinado por el tiempo y lugar donde se produce, así como la ideología dominante de aquellos que facilitan su producción, es decir, aquellos en situación de poder social. La función de estos sujetos no es otra que la de controlar el significado plasmado en el espacio y canalizarlo en direcciones particulares, contribuyendo a la construcción de las identidades que en dichos espacios se desarrollan (100). De esta forma, en una sociedad heteronormativa esta ideología se refleja en el paisaje a través de la organización de elementos, urbanismo, elementos publicitarios, etc.; influyendo la formación de identidades sexuales determinadas.

Este hecho es fácilmente reconocible en las primeras aldeas coloniales españolas, donde el proceso de construcción en el espacio seguía un patrón establecido bajo los cánones religiosos del momento. Por este motivo estas aldeas, al igual que la mayoría de los pueblos españoles, se construían en torno a una iglesia, ubicada en el centro espacial y social de la aldea. La idea de la Iglesia como centro neurálgico de las poblaciones respondía a la ideología católica dominante en el momento, donde la religión era no solo el centro del desarrollo de la vida social, económica y política, sino también era el centro de poder de estos lugares. Por lo tanto, la ideología católica influyó notablemente en el desarrollo urbano de las colonias.

La ordenación del espacio y la creación de los diferentes paisajes que conforman hoy en día el continente americano es en gran parte herencia de su pasado colonial. A través de las colonias el espacio americano se reorganizó y las diferentes funciones y relaciones sociales en él desempeñadas cambiaron su dinámica. Por lo tanto, si

consideramos la organización y distribución espacial herencia colonial, podemos considerar la negociación de las relaciones sociales desarrolladas en el espacio y del espacio en sí como una técnica descolonizadora. Para entender cómo funciona este proceso, primero es necesario distinguir entre espacio privado y espacio público, y entender cómo influyen en la identidad sexual y viceversa.

## 1.2. La sexualidad en los espacios público y privado

La dicotomía entre espacio público y espacio privado no es tan definitoria como parece. A pesar de que la distinción binaria entre espacio público y espacio privado adquiere relevancia en lo referente a la sexualidad, esta relación es altamente problemática. De acuerdo con Nancy Duncan, dicha distinción está enraizada en la filosofía política, las leyes, el discurso popular y las recurrentes prácticas de estructuración del espacio (127).

These practices demarcate and isolate a private sphere of domestic, embodied activity from an allegedly disembodied political sphere that is predominantly located in public space. The public/private dichotomy (both the political and spatial dimensions) is frequently employed to construct, control, discipline, confine, exclude and suppress gender and sexual difference preserving traditional patriarchal and heterosexist power structures (Duncan 128).

De esta forma, un poder externo al espacio privado es el que articula el desarrollo de las actividades en dicho espacio, por lo que la ideología dominante en el espacio público penetra en el espacio privado. Igualmente, aspectos culturales como la ideología patriarcal y heteronormativa traspasan los límites de lo privado y contribuyen a la organización de este espacio y al desarrollo de las identidades en el mismo. El primer ejemplo de esto lo podemos encontrar en torno al género. El hogar es usualmente identificado con el género femenino, sin embargo, tradicionalmente ha estado sometido a las normas patriarcales del hombre (padre/marido). Estas normas provienen de una ideología patriarcal que transgrede el espacio privado y se materializa en la arquitectura del hogar. El humanista renacentista León Battista Alberti escribió en el siglo XV una de las obras pioneras en arquitectura, *On the Art of Building in Ten Books*. En esta obra Battista refiere abiertamente la complicidad de la arquitectura en el ejercicio de la autoridad patriarcal al definir una intersección entre orden espacial y un sistema de vigilancia que gira hacia la cuestión de género. Según este, las mujeres deben ser confinadas dentro de una secuencia de espacios a la mayor distancia del mundo exterior, donde los hombres son los que deben estar

expuestos. Así, la casa se convierte literalmente en un mecanismo de domesticación de las mujeres (Wigley 332). De esta forma, los espacios literalmente producen el efecto “género” transformando el carácter mental y físico de aquellos cuerpos que ocupan el lugar inapropiado (334). Por lo tanto, la organización espacial del hogar afecta al desarrollo de la identidad de los sujetos que lo habitan. Esto nos lleva al segundo ejemplo, la sexualidad. El papel de la arquitectura en estos términos no se limita a la diferenciación de géneros, sino que pretende explícitamente controlar la sexualidad, para ser más exactos, la sexualidad de la mujer, la castidad de los infantes, la fidelidad de la mujer (336). Por lo tanto, la construcción arquitectónica del hogar responde a una ideología concreta. La casa, al ser un artefacto cultural está sujeta a la política sexual de la ideología dominante, en muchos casos una ideología patriarcal (331) y heteronormativa.

Es usualmente asumido que la sexualidad se confina a espacios privados. Sin embargo, esta idea es parte de la naturalización de las normas heterosexuales. La heterosexualidad naturalizada hace casi invisible la sexualidad en espacios públicos para la población hetero, mientras que el espacio público aparece heterosexista para gays y lesbianas (Duncan 137). Como ideal normativo la esfera pública está abierta a todos, pero en la práctica es mucho más restrictiva. Por ejemplo, la esfera pública como lugar para reunirse, protestar y publicar sus puntos de vista está regulado por ley (130). Esto se traduce en ocasionales represiones de manifestaciones públicas en contra de decisiones políticas o sentencias jurídicas. Por lo tanto, a pesar de que el espacio público es “público”, no deja de ser un espacio regulado por el Estado y la cultura.

De acuerdo con Don Mitchell, la visibilidad en el espacio público es esencial para contribuir a la producción de cultura y para la política cultural en general. Igualmente, ya hemos mencionado la importancia de esta visibilidad para producir espacios. El sexo y la sexualidad, como elementos culturales participan de este proceso a través de su aparición o desaparición del espacio público, negociando así las relaciones sociales hegemónicas (171). A pesar de aparentar lo contrario, el sexo y la sexualidad han sido siempre, y todavía son, elementos del espacio público, bien para reafirmar un espacio heteronormativo, bien para disputarlo. Lo heterosexual se hace visible en el espacio público constantemente, a través de besos o caricias de parejas heterosexuales, en la celebración de matrimonios, elementos publicitarios que representan valores familiares o heterosexuales, etc. Estos comportamientos se han ido naturalizando y normalizando a través de los años (172). Estas acciones no son sancionadas ni reprimidas porque son social y culturalmente aceptadas. Sin embargo, cuando se trata de patrones homosexuales, las acciones son susceptibles de ser reprimidas bien por la policía –el principal mediador del espacio público– bien por

los sujetos que comparten dicho espacio y son víctimas de una ideología heteronormativa. Según Valentine:

Whilst heterosexuals have the freedom to perform their heterosexuality in the Street-because the street is presumed to be a heterosexual space- sexual dissidents (...) are only allowed 'to be gay in specific spaces and places (Bristow 1989: 74). Whilst the space of the center -the street- is produced as heterosexual, the production of 'authentic' lesbian and gay space is relegated to the margins of the 'ghetto' and the back street bar and preferably, the closeted or private space of the 'home' (although even this is not always accepted...) (Valentine 147).

Por lo tanto, según Valentine, el espacio público se identifica como un espacio heterosexual. Cuando la sexualidad gay “transgrede el espacio hetero” rápidamente es reprimida de diferentes formas para mantener la naturalidad del espacio heterosexual, a través de medidas violentas o simplemente con la evacuación de aquellos que perturban la normalidad del espacio mostrando sus deseos en público y produciendo así un cambio en la concepción de dicho espacio. Sin embargo, de acuerdo con Mitchell, entender el espacio como esencialmente hetero es ilógico desde una perspectiva teórica dentro de la geografía cultural. Partimos de la asunción de que el espacio es a priori codificado como sexualmente hetero, es el original, mientras que el espacio *queer* o gay se copia o se subvierte. Esta asunción es errónea ya que al ser algo producido, ambos espacios deben de estar en estado de producción y reproducción constantemente (179). Entonces, ¿por qué identificamos el espacio público como un espacio heterosexual? De acuerdo con Valentine, la heterosexualización del espacio es un acto performativo, igual que el género, naturalizado a través de la repetición y la regulación. Esta repetición toma la forma de actos que ya hemos mencionado: parejas heterosexuales besándose y cogiéndose de la mano en público, rituales de matrimonio, publicidad, etc. Estos actos producen un montón de asunciones incrustadas en las prácticas de la vida pública sobre qué constituye el comportamiento apropiado y cuáles comportamientos cuajan con el paso del tiempo (Valentine 146). Pero estas asunciones son constantemente discutidas por las sexualidades marginales. La población gay puede producir y produce espacios a través del autorreconocimiento y la representación de comportamientos o vestimentas específicas que articulan una lectura del espacio diferente. La vestimenta o el lenguaje corporal son formas de identificarse, de reconocer un sentido de igualdad (150) y de producir así un espacio de resistencia a la heteronormatividad dominante.

El espacio público es por tanto donde se desarrolla no solo la sexualidad hetero, sino también donde se negocian las sexualidades marginales. Como ya hemos indicado, Mitchell arguye que el espacio es mediado por la cultura, y la cultura es,